

Disparates arabescos y caprichos grotescos

Lo grotesco alcanza la Modernidad de la mano de dos excepcionales representantes de las artes y las letras: Francisco de Goya y Lucientes (1746- 1828), pintor y grabador español cuya obra abarca la pintura de caballete y mural, el grabado y el dibujo –facetas todas estas en las que desarrolló un estilo que inaugura el Romanticismo y la pintura contemporánea–; y Edgar Allan Poe (1809- 1849), escritor, poeta, crítico y periodista estadounidense, generalmente reconocido como uno de los maestros universales del relato corto.

Goya explora lo grotesco muy especialmente en sus series grabadas, aquellas en las que puede expresarse con mayor libertad: *Los caprichos* (1799); *Los desastres de la guerra* (1810-1815); y *Los disparates* o *Los proverbios* (1815-1823), visiones oníricas que comprenden un rico e imaginativo mundo relacionado con la noche, el carnaval, y lo grotesco. Temas semejantes a los que también encontramos en sus *Pintura negras* (1819-23).

En cuanto a Poe, lo grotesco abarca en su obra una amplia variedad acorde con la tradición que venimos recorriendo: lo grotesco-paródico o caricaturesco, lo grotesco-fantástico, lo grotesco-macabro... Esta variedad puede observarse en su primera compilación de cuentos, *Cuentos de lo grotesco y arabesco* (1840), que incluye, entre otros, “La caída de la Casa Usher”. Dos años después, incluida en “La máscara de la muerte roja”, encontramos una de las mejores y más evocadoras descripciones de lo grotesco:

Con ocasión de esta magna fiesta, había supervisado personalmente casi toda la decoración de los siete salones; y había sido su propio gusto el que había inspirado los disfraces. No os quepa duda de que eran extravagantes. Abundaba la ostentación y el brillo, lo ilusorio y lo picante..., mucho de lo que después se ha visto en “Hernani”. Había figuras arabescas, con miembros y atuendos grotescos. Había fantasías delirantes como sólo los locos imaginan. Había mucha belleza, mucha voluptuosidad, mucho de estrafalario, algo de terrible, y no poco de lo que podría haber ofendido. De hecho, por las siete estancias se paseaba majestuosamente una muchedumbre de sueños. Y estos -los sueños- se revolvían por las habitaciones, tiñéndose del color de cada una, y haciendo que la música desenfrenada de la orquesta pareciera el eco de sus pasos.

(“La máscara de la muerte roja”, 1842)

Arabesque Follies and Grotesque Whims

The Grotesque reaches Modernity thanks to two exceptional figures of the Arts and Letters: Francisco de Goya y Lucientes (1746- 1828) and Edgar Allan Poe (1809-1849). The former was a Spanish painter and engraver whose work includes easel and mural paintings, engravings and drawings; areas in which he developed a unique style which inaugurated Romanticism and contemporary painting. The latter was an American fiction and non-fiction writer, poet, literary critic and journalist, mostly regarded as one of the universal masters of short fiction.

Goya explores the grotesque mainly in his print series, those in which he can more openly display his feelings: *The Whims* (1799); *The Disasters of War* (1810-1815); and *The Follies* or *The Proverbs* (1815-1823), which embrace a rich and imaginative world related to the night, carnivals, and the grotesque; issues which are also to be found in his *Dark Paintings* (1819-23).

When dealing with Poe’s *oeuvre*, the grotesque encompasses a wide range of elements, too: the parody grotesque or caricature, the fantastic grotesque, the macabre grotesque, etc. A varied diversity that can be appreciated in his first collection of stories, *Tales of the Grotesque and Arabesque* (1840), which included –among others— ‘The Fall of the House of Usher’. In his ‘The Masque of the Red Death’, published a couple of years later, one of his best and most suggestive descriptions of the grotesque can be found:

He had directed, in great part, the moveable embellishments of the seven chambers, upon occasion of this great fête, and it was his own guiding taste which had given character to the costumes of the masqueraders. Be sure they were grotesque. There were much glare and glitter and piquancy and phantasm — much of what has been since seen in “Hernani.” There were arabesque figures with unsuited limbs and appointments. There were delirious fancies such as the madman fashions. There was much of the beautiful, much of the wanton, much of the bizarre, something of the terrible, and not a little of that which might have excited disgust. To and fro in the seven chambers there stalked, in fact, a multitude of dreams. And these, the dreams — writhed in and about, taking hue from the rooms, and causing the wild music of the orchestra to seem as the echo of their steps.

(‘The Mask of the Red Death’, 1842)